

Discurso de Proclamación

12 de abril de 2025

QUIERO AGRADECER ESTA PROCLAMACIÓN QUE ME HONRA Y ME OBLIGA.

Tener a mi partido detrás de esta decisión de postular a la Presidencia de la República es un paso fundamental en este camino que hemos iniciado.

Tener a mi familia, que me está acompañando el día de hoy, mi madre Moy, mis hijos Emilio y Matilde, mis tíos Jaime y Montserrat, mis primos, mi hermano en la distancia desde EEUU, y aún mas en la distancia pero cerca en el corazón mi padre José.

Agradecer a todos esos chilenos y chilenas que por miles se han acercado a mi en estas semanas, presencialmente, por las redes, en mensajes y en recados, para entregarme apoyo, aliento y esperanza.

El camino que hemos iniciado será largo, nos demandará un trabajo arduo y enfocado durante todo este año. Iremos paso a paso y el paso de hoy es fundamental.

Como todo camino, está hecho de una serie de etapas y avances que te van acercando al destino.

¿Y cuál es ese destino?

Es ser candidata, y ya lo soy hoy con esta proclamación.

Es tener un primaria, y ya hemos logrado que exista acuerdo para hacerla.

Es ganarla. Y estamos trabajando duro para eso.

Es pasar luego a segunda vuelta.

Y es triunfar en esa contienda y encabezar el próximo gobierno de Chile.

Todo eso es verdad, y es importante. Pero ese no es el propósito de lo que estamos haciendo.

El propósito es otro y mientras más claro lo tengamos, mas firme va a ser nuestro paso para avanzar en este caminar

Nuestro propósito es liderar a Chile hacia una etapa de progreso, de bienestar compartido y de seguridad.

Hacerlo con las herramientas de la democracia y con el mandato de los derechos humanos. Y hacerlo con apertura, pragmatismo y excelencia.

Importa el qué e importa el cómo.

No estamos aquí para defender una receta ni una bandera, sino un propósito. No estamos para defender cargos en el Estado ni para negociar cupos parlamentarios. Menos aún privilegios, egos e intereses personales.

Estamos aquí por Chile y para Chile, pensando en el futuro de nuestro país y en el presente cotidiano de sus habitantes. En su vida, sus esperanzas y angustias.

Buscamos progreso porque queremos que nuestra economía crezca y ello mejore la vida de las personas, que no pasen tantos apuros para llegar a fin de mes, que puedan hacer planes, que vean el futuro con expectativa.

Buscamos bienestar compartido para que las cosas fundamentales que nos permiten vivir tranquilos estén resueltas razonablemente: la salud, las pensiones, la educación, el acceso a la vivienda y a un medio ambiente limpio

Y buscamos seguridad porque no queremos violencia en nuestras vidas, no queremos jóvenes muertos en un partido de fútbol, en una balacera o una encerrona, no queremos riñas en los barrios ni en las escuelas, ni mujeres amenazadas por sus parejas, sus jefes, sus ex, sus compañeros de clase o sus tíos.

Venimos de una historia que nos enorgullece. No nos cansamos de repetirla donde quiera que vamos. Es la historia de la izquierda chilena, de los movimientos populares, de los gobiernos que propulsaron los derechos sociales y las bases del Estado chileno comprometido con el desarrollo de Chile y el bienestar de su pueblo en el siglo XX. Venimos del allendismo que osó juntar socialismo con democracia cuando parecía una profanación, venimos de la lucha democrática contra la dictadura, del compromiso que surgió de ahí y nos juramentó para siempre con la democracia y los derechos humanos, venimos del encuentro de los demócratas en la Concertación y de la derrota de Pinochet, de los exitosos gobiernos de Aylwin y Frei, de nuestros gobiernos progresistas de Lagos, Bachelet y, también ahora, del Presidente Boric. Y cada uno de esos capítulos lo contamos con la frente en alto.

Contamos incluso con esa misma franqueza los capítulos que terminaron en derrota: la incapacidad de detener la ola de odio que desencadenó en el golpe de Estado de 1973, facilitada en gran parte por la división de los demócratas, y la derrota estrepitosa de la primera Convención Constitucional, que terminó mal nuevamente porque nos dividimos y no logramos que el espíritu progresista y de mayorías liderara ese proceso. Lo dominó, en cambio, el sectarismo, la intransigencia, el voluntarismo. Y hablamos de esas derrotas sin escondernos, sin tapar el sol con un dedo ni disfrazar la realidad con respuestas convenientes.

¿Cuántos en el espectro político pueden hacer lo mismo respecto a su trayectoria pasada? ¿Cuántos lo hacen con autenticidad?

Esa historia nos alimenta y nos trajo hasta aquí, pero no nos basta para disputar el futuro. Lo que venimos a hacer es a abrir un nuevo capítulo. No un epílogo de los capítulos anteriores sino un capítulo nuevo para una era de cambios profundos que están marcando nuestro tiempo.

Son cambios de tal dimensión que a veces ni nos atrevemos ni a pensar en ellos. Muchos en política meten la cabeza bajo tierra como el avestruz y creen que si no hablamos de esas cosas puede que dejen de existir. Pero es al revés. Si no hablamos de las cosas existirán igual y evolucionarán sin rumbo ni propósito, o quizás seguirán el propósito del puñado de oligarcas que controla la industria de la información digital, o de los movimientos políticos de la ultraderecha, o de los líderes populistas que proponen soluciones que suenan bien pero terminan mal.

Es cierto que el mundo está plagado de amenazas. Las sociedades hoy se comunican más que nunca pero se entienden cada vez menos; envejecemos y nos preguntamos quién nos va a cuidar; desarrollamos tecnologías que amenazan con desplazar a los humanos; vemos al país que ha sido la mayor potencia del capitalismo, EEUU, poner en duda el orden económico internacional; presenciamos crímenes que antes sólo veíamos en la tele; nos desayunamos con gobernantes que hace algunos años nos hubieran parecido personajes de comedia y hoy dirigen países enteros; el clima cambia; el agua escasea y nacen cada vez menos niños.

Esos cambios son reales y son amenazantes. Acojonantes como dicen los españoles. Es innegable.

Pero imaginen lo amenazante que fue la llegada de la era industrial: masas de campesinos abandonando el campo, ciudades desbordadas de pobreza y hacinamiento, chimeneas humeando sin control, tradiciones quebradas, sistemas políticos en crisis, alzamientos y matanzas. Sin embargo, con el tiempo, esos cambios dieron paso a mejoras sin precedentes en la vida humana: surgieron las democracias modernas, los derechos sociales, la educación obligatoria, la salud pública, el ingreso masivo de las mujeres al mundo laboral y el reconocimiento de nuestros derechos políticos.

Y nada de eso fue automático. Fue fruto de luchas civilizatorias, de la acción política de hombres y mujeres progresistas que no huyeron del cambio, sino que lo enfrentaron para ponerlo al servicio del bien común.

Hoy como ayer, los progresistas no estamos para sembrar el pánico con el mundo que viene sino para encargarnos de que sea mejor. Y puede ser mejor. Porque las cosas mas horribles pueden terminar bien. El cambio climático puede llevarnos a una evolución social que nos permita aprender a prosperar respetando la naturaleza, y las redes sociales que hoy funcionan con algoritmos que promueven la fragmentación, el bullying y las noticias falsas, podrían funcionar con algoritmos distintos que premien el diálogo y la verificación de datos. ¿Por qué no hay un movimiento mundial, político y social, que empuje esa gran causa, donde se

juegan los derechos humanos y la viabilidad de las democracias de nuestro tiempo?

Peleas así de grandes ha llevado adelante el progresismo en la historia. Y ha vencido. No completamente, no 10 a 0, pero hemos avanzado, y mucho. Esa es la magnitud de desafíos que debemos ponernos. Mientras otros se dedican a promover la regresión social y a agitar el miedo, nosotros debemos promover un mundo mejor y pelear por él ocupando las energías del cambio de era, no negándolas. Un mundo que sea mejor para las personas de a pie. Para sus familias, para la crianza de sus hijos, para sus barrios.

Al mundo y a nuestro país no le faltan desafíos: combatir la inseguridad y el crimen organizado internacional, estimular el crecimiento económico, lidiar con la incertidumbre global y los riesgos de una guerra comercial de gran escala, generar más empleos dignos, mejorar la educación y la salud, proteger los derechos de las mujeres, detener el calentamiento global, enfrentar la desinformación, ordenar la migración.

A esos desafíos se le suma otro: frenar el auge del populismo autoritario de derecha, que amenaza la democracia y el estado de derecho, suma inestabilidad a la economía, y privilegia la división y el conflicto por sobre la sensatez de los acuerdos.

Este es un fenómeno planetario, pero que también tiene sus imitadores en Chile.

Los populistas dividen el mundo entre buenos y malos y prometen soluciones simples para problemas complejos, pero al final no hacen otra cosa que sembrar la inestabilidad y el desorden. Hemos visto sus consecuencias en la economía mundial en días pasados, que amenazan con llegar a nuestro país y tocar el bolsillo de chilenas y chilenos.

Seamos francos: al progresismo en sus diversas corrientes le ha costado enfrentar populismo autoritario de derecha – ya sea en Norteamérica o en Europa, en Asia o en América del Sur. También en Chile. Ha costado sintonizar con los miedos y las rabias de hoy. Ha costado encontrar un lenguaje que nos acerque a las personas y no nos encierre en abstracciones rebuscadas que nos fragmentan y nos dividen y que sólo interesan en los círculos políticos. Nos proponemos cambiar eso porque el futuro de nuestros países y de nuestras democracias es lo que está en juego. Es una contienda mayor en que progresistas, liberales y demócratas no podemos perder, ni la vamos a permitir que perdamos en Chile.

Digámoslo con claridad: lo que vamos a definir en esta primaria no es si el partido equis o y griega es más fuerte, lo que vamos a decidir es si tenemos o no un liderazgo de la centroizquierda capaz de enfrentar con éxito este desafío.

Mi candidatura se abocará plenamente a ese propósito y será un paso más en el tránsito hacia el progresismo moderno y eficaz que Chile necesita. En el día de hoy no pretendo cerrar el debate sino recién iniciarlo, pero no quiero dejar pasar

esta oportunidad plantear ante ustedes algunas ideas iniciales que han comenzado a cuajar en este proyecto de renovación política:

1. Lo digo con toda claridad: el progresismo moderno no debe tener vacilación alguna respecto del crecimiento económico. Al revés: no solo debemos ser los primeros en hacer crecer la torta, sino que a través de la innovación y la creatividad de chilenas y chilenos contribuiremos a que surjan nuevas tortas, de distintos sabores y colores,—y en eso las nuevas tecnologías pueden ser nuestro aliado, no una amenaza que debamos contener—.

2. Un Estado fuerte es un Estado ágil. Chile puede ser líder mundial de la energía limpia, pero no lo seremos si cada proyecto tarda muchos años—incluso décadas— en aprobarse. Debemos también aprovechar la actual coyuntura y proveer al mundo de minerales escasos y tierras raras, pero no lo lograremos si cada proyecto enfrenta miles de cuestionamientos, algunos necesarios, pero otros accesorios y hasta frívolos.

3. Somos defensores del rol del Estado, y por eso debemos ser los primeros en exigir que funcione bien: con eficiencia, profesionalismo y buen trato. No basta con militar en un partido para merecer un cargo público. Lo que importa es ser un buen servidor o servidora pública. Como decía Allende: *“El carnet del partido no da ni capacidad ni honradez; hay que ganarse el respeto.”*

4. Tampoco hay igualdad social ni cohesión si la gente no puede caminar tranquila por su barrio. Por eso los progresistas estamos siendo los primeros en enfrentar con fuerza la delincuencia y el crimen organizado, y lo seremos más aún en nuestro próximo gobierno. Es una batalla difícil, pero se puede ganar fortaleciendo al Estado, formando más policías, usando tecnología e inteligencia artificial, y haciendo de la prevención social el mantra del siglo XXI—como lo fue la salud pública en el siglo pasado. Cuando éramos un país pobrísimo apostamos por la atención materno infantil, por la vacunación, el agua potable y al alcantarillado. Y sacamos a Chile de la trayectoria del Tercer Mundo en esas materias. Hoy debemos hacer lo mismo con la prevención social en niños, niñas y jóvenes, Porque por más delincuentes que detengamos y metamos presos, no frenaremos la delincuencia si hay jóvenes dispuestos a reemplazarlos en su carrera delictual.

5. La cohesión social también se resiente con una migración sin control, que presiona los servicios públicos y transforma los barrios. Los progresistas no igualamos migración con crimen, pero tampoco ignoramos su impacto. Por eso debemos ser los primeros en escuchar y dar respuestas a las comunidades más afectadas. El impacto de la migración no puede recaer en los sectores populares. Aquí nos inspiramos en la primera ministra socialdemócrata de Dinamarca que ha dicho que sin un ordenamiento de la migración se debilita la cohesión social y se hace inviable humanizar la respuesta de la sociedad ante el fenómeno migratorio.

6. El verdadero progresismo es patriótico. Como dijo Orwell: *el nacionalismo es odio a los otros; el patriotismo es amor a lo nuestro*. Los progresistas amamos nuestra historia, nuestros símbolos, cultura y tradiciones. Eso nos une. Y aunque

Chile está abierto al mundo, no se engañen los poderosos: esta patria negocia, pero no se humilla.

7. Una de las grandes tradiciones de Chile es el respeto mutuo. Valoramos nuestros derechos, pero también el cumplimiento de nuestras obligaciones. Esa antigua cultura del orden, a veces gris y fome, tiene un valor enorme: tomarse en serio la ley y las reglas que nos dimos como sociedad. Por eso los progresistas debemos defender ese marco común y denunciar con fuerza toda conducta abusiva: la violencia en los estadios, el maltrato a trabajadores, la discriminación, el narco, la violencia contra las mujeres, la precariedad laboral, el genocidio en Gaza, el antisemitismo en el mundo, el proteccionismo de Estado Unidos, la deuda del Estado chileno con el pueblo mapuche, el robo de elecciones en Venezuela, el apitutamiento y la corrupción sea quien sea el beneficiado.

Y que se entienda: no son causas aisladas. Todas responden al mismo principio: el respeto a la dignidad humana y a las reglas que valen para todos.

El mayor compromiso del progresismo debe ser con las necesidades cotidianas de las personas comunes. Los que cuidan, trabajan, pagan sus impuestos y viven con esfuerzo. Me comprometo a construir un progresismo para ese Chile real: popular, mayoritario, de calle, aula, oficina, hogar y feria. No uno de elites ni de promesas vacías, sino de acuerdos, avances y decisiones. No de grandilocuencia sino de rigurosidad. Un progresismo de entrega y de amor por Chile.

Nuestras prioridades sociales apuntan a eso: vamos a implementar la reforma previsional con seriedad y sin retrocesos. No la entregaremos como moneda de cambio ante presiones externas como ya alguna candidatura ha ofrecido.

Impulsaremos una agenda fuerte por el empleo decente, especialmente el femenino, con medidas que permitan conciliar crianza y trabajo como tarea compartida. Promoveremos adaptabilidad laboral y un Consejo Económico y Social para pactar, entre trabajadores, empresarios y Estado, las agendas que Chile necesita.

Aquí se juega no solo el progreso de las familias y el crecimiento económico, sino también la posibilidad de recuperar la fecundidad y la esperanza.

Haremos una inflexión en educación escolar: la era de las reformas institucionales ya pasó, ahora nos abocaremos a la calidad educativa. Con un curriculum más acotado y moderno, entregando más confianza e iniciativa a los profes, y recuperando el papel formativo de la educación para aprender a convivir y ser ciudadanos.

Tomaremos ideas concretas y prácticas para fortalecer la atención primaria y enfrentar las listas de espera en salud. Los médicos especialistas harán turnos en los consultorios, incorporaremos con fuerza la telemedicina y promoveremos alianzas público privadas con los proveedores privados dispuestos a trabajar con costos razonables y modelos de negocio que tengan responsabilidad social.

Tendremos un sistema nacional de prevención social para alejar a los jóvenes del narco, la desesperanza y la soledad. El cuidado de niños, niñas y jóvenes después del horario escolar tendrá alternativas en todo Chile con acceso a la cultura, el deporte y la ciencia. He pensado llamarle a este sistema la Nueva Patria Joven. La del siglo XXI. Ahí daremos la batalla de fondo contra el crimen y la violencia.

Este es un progresismo que cree en Chile. Yo Creo en Chile. ¿Creen ustedes en Chile? No vemos un país derrotado y descarrilado, vemos un país con enormes fortalezas y con ventajas para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo. Creemos en Chile no porque ignoremos sus problemas, que son complejos, sino porque vemos que la sociedad chilena tiene todo lo que se necesita para enfrentarlos. Es cosa de movilizar las energías y capacidades correctas.

Lo que falla en Chile no son las bases en las que nos paramos, que son sólidas y están sanas, sino la dificultad que ha tenido nuestra conversación pública para fijar propósitos compartidos y movilizar al país detrás de ellos. Y esa es la principal tarea del liderazgo. Y de eso se trata una elección presidencial: de elegir un liderazgo para Chile.

Hay liderazgos que chaquetean y hay liderazgos que construyen. Hay liderazgos que se conforman con ganar las discusiones aunque nada pase, y hay otros que no se conforman hasta que no logran acuerdos y avanzan. Hay liderazgos que se inflaman cuando hablan de sus promesas, pero susurran cuando hay que mostrar resultados, y hay otros que prefieren el trabajo duro e invitan a trabajar para lograr las cosas. Hay liderazgos, por último, que miran con desprecio los esfuerzos de los demás, que no ven valor en lo que hacen los otros sino solamente en lo que harían ellos, y hay otros liderazgos que invitan a hacer las cosas juntos, sacando lo mejor de cada uno.

Chile no necesita más liderazgos que vengan a decirnos que somos una vergüenza, una película de terror, un puro despojo y una manga de ineptos. Ya hemos tenido suficiente de eso. Necesitamos liderazgos que activen nuestra capacidad y creatividad, que nos permitan ver en el otro una oportunidad y que nos atrevamos a buscar otras soluciones que no sean las que nos dividen y nos paralizan. Así se derrotan las injusticias, no hundiéndonos en el dolor y la frustración que nos generan. Liderazgos que recuperen esa vieja frase de Frei que decía “no se humilla el que ruega por Chile”. Y yo me atrevo a rogar por Chile y pedir que en esta elección presidencial apostemos a la fuerza de nuestro país, a su grandeza sobria y esforzada, al ingenio del chileno, que es creatividad mezclada con tenacidad, y a la solidaridad de la que somos capaces cuando nos sentimos interpelados.

- Esta primaria es una de esas oportunidades. Los votantes de Chile podrán escuchar diversas propuestas y a continuación decidir cuál es el proyecto progresista que le conviene a Chile. Cuál es la candidata o candidato que mejor puede enfrentar al proyecto populista de derecha que asola al mundo, y que también amenaza a Chile, y cuál es el que puede liderar al país para gatillar un tiempo de progreso, bienestar compartido y seguridad.

- No le temo ni al debate ni a las diferencias, porque tenemos diferencias. Y en esa diversidad que compone este amplio sector nosotros representamos un progresismo que se propone construir mayorías para derrotar la inseguridad -personal y económica- a la que con razón tantos chilenos y chilenas temen. Y serán ellos quienes decidirán quién representa mejor al proyecto progresista. No todos los progresistas son lo mismo, pero todos compartimos el propósito de una sociedad más justa y humana, creemos que las personas no avanzan solas sino junto a los otros, con colaboración y solidaridad, y todos estamos dispuestos a competir democráticamente por definir quién nos representará.
- Esta tarde damos un paso en nuestro camino. Vendrán muchos pasos más. El camino de contarle al país nuestra propuesta y escucharlo en sus urgencias, sus ideas y anhelos.
- Asumo con humildad, pero también con tremenda esperanza y entusiasmo, este bello desafío.

Para cerrar, les digo muy claramente que:

Creo en la esperanza que convoca, a pesar de la rabia que intenta imponerse.
Creo en escuchar, no en gritar.
Creo en lo cotidiano, en lo concreto, en la política que transforma vidas.
Creo en construir, no en dividir.
Creo en las soluciones que nacen del encuentro.

Creo en la justicia y en la dignidad humana.
Creo en las mayorías que no se rinden.
Creo en nuestro pueblo y en nuestro territorio. Creo en lo que hacemos juntos.

¡Creo en Chile!

¡Creamos juntos en Chile!

Carolina Tohá Morales
Candidata Presidencial